El cuento español contemporáneo

Francisco González Povedano

1. Valoración y aceptación del cuento hoy

En la tarea de trabajar con el español como idioma a aprender y a enseñar, buscamos continuamente textos cercanos a nuestra realidad o a la de nuestros alumnos, unas formas de expresión con categoría literaria y a la vez actuales, propias de nuestro tiempo. No se trata, por tanto, de establecer una prioridad de estudio en el orden de lo literario, ni de hacer fundamentalmente un juicio de valor, según el cual todo lo moderno, y si es algo raro mucho mejor, queda santificado como «boom» de calidad (pensemos en la moda ya tópica de veneración y entusiasmo por los narradores hispanoamericanos actuales). Un cuento puede ser un magnífico material didáctico. Puede serlo. Y por eso sólo, y no porque los cuentos de ahora puedan desbancar de su pedestal de la fama a *Don Quijote,* a *El Lazarillo* o a *Fortunata y Jacinta,* es por lo que intento ofrecerles una ligera visión de conjunto sobre el tema, a modo de una introducción que podría ser útil para una posterior ocupación personal.

Lo cierto es que nos encontramos, y ésta es una segunda razón, con una enorme abundancia de cuentos que se publican hoy en España, y podemos suponer que serán muchísimos más aún los sin publicar. Estamos, por tanto, ante uno de los fenómenos típicos de la actualidad literaria española, y, al ser así, debe constituir objeto de estudio.

No creo, sin embargo, que esta abundancia o proliferación deba deslumbrarnos literariamente, ya que, si examinamos detenidamente las causas de ella, podremos ver que no se trata, en general, de un género cultivado por especial vocación o capacidad literaria de los escritores, sino por otros motivos accidentales. Por eso, frases de moda, como «el cuento se ha convertido en la expresión literaria contemporánea más característica», o «el cuento es el género más importante en la literatura o la narrativa actual», etc., no deben tomarse demasiado en serio.

No sé si por verdadera convicción o más bien por estar de moda, o quizá por parte de las dos cosas, lo cierto es que el cuento es hoy un género (empleando la palabra «género» en sentido muy amplio) comúnmente apreciado, acostumbrado ya a recibir la alabanza y el aplauso de cuantos entiendan algo de literatura o estén, o quieran estar, familiarizados con ella. A este fenómeno de aceptación general podríamos llamarle valoración teórica. Las razones de esta aceptación se basan fundamentalmente, según creo, en lo que representa el cuento hoy como medio literario que busca formas y planteamientos nuevos, otro tipo de creación frecuentemente movido por un afán de modernidad. Tal cosa es indudablemente y «a priori» loable. Lógicamente deberíamos poder constatar que a este tipo de valoración teórica le sigue el éxito práctico: lectores que acudan masivamente a las librerías para comprar libros de cuentos. Y sin embargo, esto no es así. Los libros de esa maravilla llamada

BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco GÓNZALEZ POVEDANO. El cuento español contemporáneo
Centro Virtual Cervantes

cuento moderno se venden poco, muchísimo menos que las novelas. Pueden darse a este hecho múltiples explicaciones. Aparte de una explicación económica por la que no hace falta comprar especialmente cuentos, ya que éstos se publican en la revista o el periódico habitual, y así el cuento sale gratis, habría que buscar otra más profunda. Esta me parece ser las características mismas del cuento en comparación con las de la novela. En el cuento se le dicen al lector demasiado pocas cosas. No hay allí espacio para describir actuando o hablando a los personajes, ni se explica convincentemente por qué son como son o qué camino han seguido los acontecimientos para llegar a donde están. No hay tiempo para aceptar como propios las realidades o los sentimientos o las ideas ajenas. Todo tiende a ser gratuito y predominantemente subjetivo. Y el lector medio habrá de aceptarlo casi con indiferencia y poco profundamente, pasivamente, más o menos como se aceptan generalmente los dogmas. Con todo ello, sigue siendo patente que se escriben y se leen muchos cuentos. ¿Por qué? Pero antes que nada, ¿qué es exactamente un cuento?

2 La dificultad de definir el cuento

Baquero Goyanes afirma que el cuento es un género literario que expresa algo de signo parecido al poético, pero no en poesía, sino en forma narrativa próxima a la de la novela, si bien con otra técnica e intención. Llega incluso a opinar que este género del cuento es como un desarrollo y perfección de la poesía y la novela [1].

Anderson Imbert dice que saber exactamente lo que es el cuento se obtiene de una comparación de sus características con las de la novela, el género más similar a él [2].

Sin embargo, estas opiniones no dicen nada con claridad, más bien expresan algo subjetivo, en la primera, y sólo un camino arduo e incierto, en la segunda.

En este punto surgen una serie de preguntas sin obligada y, menos aún, única contestación. ¿Es el cuento, en cuanto género, realmente distinto de la novela? ¿Todas las novelas responden hoy plenamente a una supuesta definición de novela? ¿Y todos los cuentos a unas supuestas características de cuento? ¿Cuál es la medida permisible, en caso de que exista alguna, para llamar a estas narraciones de un modo o de otro?

Por muy pobre e insatisfactorio que parezca, la primera característica del cuento que se nos ocurre, a diferencia de la novela, es su brevedad. Claro que enseguida surge la pregunta: ¿y qué pasa con la novela corta? ¿Es suficiente decir que el cuento es más corto que la novela corta? ¿Cómo de corto, o de más corto?

Edgar Allan Poe estimaba que la lectura de un cuento debía durar entre media hora y dos horas. Kafka tiene cuentos cortísimos, de ocho o diez renglones. (Suponiendo que sepamos cómo son de largos una línea o un renglón.) La misma afirmación de Sánchez Silva «en la novela no puede faltar nada, en el cuento no puede sobrar nada» es enormemente ambigua.

Ni que decir tiene que las definiciones que postulan como esenciales al cuento su final sorprendente o una historia completa, por ejemplo, no pueden exhibir ninguna razón absoluta que haga obligatorias tales cosas.

---

[1] Vid. M. BAQUERO GOYANES: *El cuento español en el siglo XIX.* Madrid, 1949.
[2] Vid. E. ANDERSON IMBERT: *El cuento español.* Buenos Aires, 1959.

BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco GÓNZALEZ POVEDANO. El cuento español contemporáneo
Centro Virtual Cervantes

3. Algunos motivos de que se escriban cuentos

La proliferación actual del cuento es un fenómeno corriente en muchas literaturas de hoy, no sólo en la literatura española. Pero circunscribiéndonos a ésta, se puede observar claramente la gran abundancia de esta modalidad literaria. Hay dos hechos o circunstancias que parecen fundamentales, aunque sean de índole meramente externa, y que deben ser tenidos en cuenta a la hora de tratar de explicar las causas del cultivo insistente del cuento: la falta de tiempo del escritor (y del lector), y la rapidez del resultado obtenido, tanto desde el orden interno de la creación literaria, como también por la mayor facilidad de que lo escrito se publique, cosa que, digan lo que digan, pertenece prácticamente a la esencia de ser escritor.

No hace falta insistir en la rapidez de ritmo de la vida actual; pero ésta se pone de evidencia generalmente más aún en el caso del escritor. Si éste vive de la literatura, cosa muy infrecuente en España, se sentirá tentado de inflación literaria, algo así como escribir y publicar en relación con la subida del coste de la vida. Un cuento escrito con urgencia y entre horas puede solucionar, si se publica, problemas tan menudos y graves como el pago de una letra, por ejemplo. No afirmo que éstos sean motivos habituales. Tengo un amigo escritor que me ha confesado que éste es, algunas veces, su caso. Así que resulta, por lo menos, posible que no sea precisamente el único. En cuanto al gran número de los que escriben con gran vocación para la narrativa pero después de su trabajo habitual en una oficina, una escuela o un comercio, es lógico pensar que escribir un cuento es lo que está más a su alcance. A buenos escritores que no son famosos es casi imposible que una editorial les publique una novela, tampoco un libro de cuentos; pero un cuento tiene más probabilidades de publicarse en periódicos y revistas.

Estas últimas consideraciones tienen especial vigencia en el caso de los escritores que aún no han llegado a la fama. Parece como si ese arduo camino del escritor hasta su primera novela publicada se hubiese dulcificado gracias al cuento. En España es impensable que una editorial lea una novela de un desconocido y, más aún, que la publique, pero en un momento tonto o en un rato perdido podría leer, ¿por qué no?, el cuento de un buen escritor no famoso. Y esto podría significar el inicio de una carrera literaria. Muchos escritores actuales se introdujeron así, y a tal circunstancia debemos gran número de cuentos. En España es rarísimo el escritor que cultiva el cuento como auténtica especialidad, no veo otra excepción que Sánchez Silva. Es, por el contrario, frecuente que escribir cuentos sea el punto de partida para escribir después novelas. Tal cosa no debe, sin embargo, significar que un buen cuento sea más fácil que una buena novela, o algo así como un género para escritores primerizos. Grandes escritores siguen cultivando el cuento después de haber obtenido el éxito en la novela. Tampoco se debe caer en el tópico de que la calidad literaria sea obra de la madurez en edad de un escritor. La madurez le da a un escritor experiencia y oficio, pero no talento.

4. Rasgos y evolución en el cuento español contemporáneo

En aras de la brevedad y de la utilidad de estas reflexiones, no considero necesario hacer aquí una exposición acerca de la tradición del cuento en la literatura española, desde los escritos en la Edad Media hasta los actuales. Para nuestro tema estimo que es importante señalar un momento histórico español, que en muchos aspectos, es determinante de rumbos nuevos en la modalidad narrativa que nos

BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco GÓNZALEZ POVEDANO. El cuento español contemporáneo
Centro Virtual Cervantes

ocupa. Este momento es la postguerra, el tiempo que sucede a la última guerra civil española terminada en el 39. Tomando como modelo comparativo sobre todo los cuentos surgidos del costumbrismo o de las corrientes literarias desde las últimas décadas del siglo XIX e incluso hasta casi pasados los cuarenta primeros años del XX, creo que se puede hablar, a partir del final de la última guerra civil española, de una nueva característica fundamental, generalmente común, de los cuentos contemporáneos españoles: la tendencia a destipificar el cuento, dotándolo de una validez universal. Quiero decir que los ambientes, sucesos o personas dejan de ser típicamente hispánicos, como ocurría por lo común hasta entonces, y pretenden una nueva dimensión en un nivel humano y no exclusivo. Esta característica fundamental es la fuente, a mi modo de ver, de una evolución en el cuento español que se traduce en unos rasgos específicos. Estos se observan en la forma, en los ambientes y en las temáticas de los cuentos que salen del año 40 al 80 aproximadamente.

En cuanto a la forma, se rompe en estos cuentos con los esquemas tradicionales, y se pretende y se pone en práctica una mayor flexibilidad formal. La trama, el desenlace final, por ejemplo, dejan de ser de capital importancia, incluso llegan a no ser de importancia alguna, siendo sustituidos por el procedimiento narrativo en sí.

Por lo que se refiere a los ambientes, estos cuentos quieren moverse dentro de un nuevo realismo, ocasionado por la nueva situación histórica y social. Hasta hace bien poco esta situación ha estado caracterizada —o incluso todavía hoy lo está, pero ya en ambientes muy minoritarios— por la confrontación con realidades típicas del tiempo, como el hecho de una España cerrada al exterior, con una ideología política concreta y exclusiva y en un mundo lleno de desigualdades sociales.

Ello significa una temática que se concentra predominantemente, sobre todo en la primera mitad de estos años, en una tendencia crítica a la política, por supuesto de manera velada, indirecta y permisible: temas de pobreza, injusticia laboral, suburbios, etc. Surge así una serie de cuentos que podríamos llamar «sociales», acusatorios, dependientes de situaciones particulares. A medida que se produce una evolución hacia la libertad y la justicia y al progreso económico, se va llegando a otros temas menos exclusivos o localizados. El contexto humano gana en riqueza y variedad. Por aquí se llega a una mayor universalidad literaria, superándose el insistente asunto, clásico y moralizante, de la injusticia o la discriminación que el grupo de los poderosos causa o fomenta.

Esta evolución de formas, ambientes y temas deja, por otra parte, abierto el camino para que todo el mundo pueda escribir un cuento: poetas líricos, dramaturgos, ensayistas, filósofos, incluso quienes no pertenecen al llamado mundo de las letras. De hecho no hace falta ser especialista en narrativa. En esto podría verse una de las explicaciones más lógicas de la libertad o el libertinaje formal del cuento español hoy. Lo cual podría confirmarse con seguridad aún más si pudiéramos, además de los cuentos publicados, leer el sinnúmero de los sin publicar.

5. El mensaje de los cuentos españoles contemporáneos

Al estudiar cualquier tema literario, puede uno fijarse en muchas cosas. Lo más común sería intentar un análisis de estructuras en el cuento español de hoy. Pero esto yo no lo haría bien, porque no me cautiva la idea de hacerlo. Si lo intentase, la voz de la conciencia se me alborotaría seguramente en mi interior, acusándome de pérdida deliberada de tiempo bajo pretextos científicos. Por otra parte debo confesar que, desde que empecé a leer de niño cualquier cosa hasta hoy, lo que más me interesa es lo que la obra dice. No he podido ni querido evadirme de mi papel de

BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco GÓNZALEZ POVEDANO. El cuento español contemporáneo
Centro Virtual Cervantes

lector receptor y busco constantemente los mensajes: lo que el escritor dice, lo que me dice a mí, lo que podría decirles a otros. Lo demás me interesa muchísimo menos.

Después de la lectura de un buen número de cuentos, creo observar que en los actuales españoles se da muy frecuentemente una característica especialmente notoria: la insatisfacción. Podrá decirse que la insatisfacción es causa y efecto de obras literarias de cualquier época, pero creo que en el cuento español actual lo es de una forma especialmente intensa. Esta insatisfacción se expresa, por lo general, mediante la crítica política indirecta, crítica social, huidas de algo y búsquedas de otra cosa. Naturalmente que esta característica no se da de igual manera en todos los escritores. Es muy tenue, a veces inexistente o, al menos, pierde sus caracteres dramáticos, por ejemplo, en autores tan conocidos como Ignacio Aldecoa o Carmen Martín Gaite o Medardo Fraile o Jorge Campos o Eusebio García Luengo o José M.ª Sánchez Silva. Pero siendo éstos tan importantes, son tan sólo una pequeña parte en el gran número de autores. Lo que caracteriza a estos escritores citados es quizá haber dado un paso más allá en relación con la gran mayoría, el presentar una fórmula salvadora de tantas desgracias existentes. Esta sería algo así como la sencillez de lo cotidiano en el marco familiar o íntimo (García Luengo y Campos), o el mundo interior psicológico y poético (Medardo Fraile), o el simbolismo sencillo, la exaltación de lo que no destaca y la valoración de lo ingenuo (Sánchez Silva). La obra de Ignacio Aldecoa puede encuadrarse dentro de estos contextos y es además aportadora, en forma especial, del elemento múltiple de una contemporaneidad que todo lo abarca y domina. De forma intencionada, sencilla y vitalmente, nos da explicaciones directas que pretenden objetividad real, dentro de un mundo múltiple, donde las diferentes formas de vida y trabajo van unidas con precisión a sus ambientes característicos y a sus formas de hablar.

Pero la obra de la gran mayoría se mueve en terrenos mucho más retorcidos e incluso trágicos. A veces se insiste en la inutilidad o el nihilismo de la existencia (Segundo Serrano Poncela) o en la falta de sentido en la vida (Ricardo Fernández de la Reguera).

Lo que más abunda es el sentido de crítica política y social (Manuel Pilares), utilizando para ello la sátira (Rafael Narbona), exponiendo una preocupación social con el telón de fondo de la guerra civil española (Juan Eduardo Zúñiga), atacando el convencionalismo burgués (Julián Gállego) o exponiendo el hastío y el desengaño frente a los ídolos de la sociedad (Rafael García Serrano). Otras veces se busca refugio en un mundo interior, más humano, dada la frustración prácticamente insuperable (Carlos Clarimón); otras, la crítica social adquiere tonos dramáticos (José M.ª Quinto), o la desigualdad se convierte en tema central (Lauro Olmo). El tema de la emigración ocupa un puesto importante en autores como Ricardo Fernández de la Reguera y José Corrales Egea.

En un ámbito de cultivo esmerado de los sentimientos encontramos a una serie de narradores, entre los que cabría destacar a quienes insisten en la evocación nostálgica o melancólica del pasado (Alonso Zamora Vicente, Julián Ayesta, Francisco García Pavón, de algún modo también José Luis Acquaroni) o a quienes abundan en el sentimentalismo y la emotividad (Carmen Kurtz, Francisco Alemán Sainz, Dolores Medio). Otras veces, el amor es tratado preferentemente bajo un punto de vista erótico en personas despreciadas por la sociedad y en un ambiente de enfermedad y negrura (Segundo Serrano Poncela).

Uno de los capítulos más notables de la literatura narrativa española de la postguerra lo constituye el género humorístico. Sus características principales son la

BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco GÓNZALEZ POVEDANO. El cuento español contemporáneo
Centro Virtual Cervantes

hondura y calidad humana, la suavidad y, en general, la falta de amargura. Esto se hace patente en autores como Pilar Querol, Jorge Campos, Mercedes Ballesteros, Alvaro de la Iglesia, o Genaro Compañ. A veces el humor es más intrascendente (Angel Menéndez «Kalikatres»); otras, más denso, entrañable, prácticamente una filosofía donde el ambiente pícaro es tratado con cariño. Se trata frecuentemente de un humor seco, tremendista que introduce el fenómeno que en España todo el mundo entiende bajo el nombre de «carpetovetónico» (por ejemplo, Camilo José Cela).

También se da en esta generación de escritores el empleo del simbolismo y suprarrealismo al estilo de Kafka. Los sueños, la incomunicación y un extraño lenguaje simbólico son las características peculiares (Guillermo Osorio, Carlos Edmundo de Ory).

El medio rural está tratado principalmente por Meliano Peraile y, sobre todo, por Francisco García Pavón. En este último se destaca la propiedad de los tipos y las costumbres del campo, tratados con cierta ternura y a la vez sarcasmo. Tanto en García Pavón como en Cela se pulsa la vena picaresca de la mejor línea de la narrativa clásica española (Cervantes, Quevedo, Galdós).

Me estoy refiriendo con todos los autores hasta ahora citados a una primera generación de narradores de postguerra, a los que son considerados generalmente como más importantes o consagrados. Todavía hay en sus cuentos lo que, para entendernos de algún modo, podría llamarse cierta lógica. Escriben historias con argumento y solución final. Dentro de este grupo habrá de mencionarse también especialmente a Miguel Delibes y a Carmen Laforet. Miguel Delibes expresa cierta tendencia al pesimismo, unida al convencimiento de la precariedad de las cosas o las convicciones, hasta despojar a lo real de su interés intrínseco. Carmen Laforet busca la superación de lo escuetamente real intentando su transformación mediante contenidos de lo real que hacen verlo de otra forma, por dentro; por ejemplo, la aceptación de una enfermedad o de lo cotidiano.

Otros escritores de cuentos siguen a estos mencionados, sin notable diferencia de edad con ellos, pero con los que empiezan a conformarse, hasta llegar a su desarrollo, otras características formales de estilo y lenguaje, una preocupación cada vez más marcada por lo que podría llamarse modernidad literaria. Este fenómeno que se me ocurre llamar modernidad es compañero del que se da prácticamente también en todas las artes, no sólo en la literatura, y de una u otra forma insufla las creaciones de la pintura, arquitectura, escultura, música.

Considerando a estos escritores de cuentos en razón de una evolución de estilos por una preocupación por la novedad, se observa que esa insatisfacción, que tenía tantas excepciones en el grupo anterior, se convierte ahora en algo casi obsesivo y cercano a límites insospechados, amargos, desesperados, trágicos, para pasar en los escritores más modernos a una especie de cansancio por la problemática social al viejo estilo, insistiendo en la inercia, el miedo, casi el «pasotismo» como alternativa, una especie de no creer en nada fijo ni plantear soluciones. Algo así como solucionar los problemas escapándose de ellos, no considerándolos; en fin, sobrevivir sin angustiarse.

Me parece ya excesivo intentar otra vez la adjudicación particular de ciertas características a cierto escritor. Puede entenderse como un encasillamiento, y así sería realmente injusto. Además la gran cantidad de estos escritores a que ahora me refiero y que empiezan a publicar aproximadamente a partir de los últimos años de los 50 o principios de los 60 hasta hoy hace muy difícil encuadrarlos en unos esquemas o una temática fija. En esta literatura ya hay de todo en cuanto a tendencias y estilos.

BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco GÓNZALEZ POVEDANO. El cuento español contemporáneo
Centro Virtual Cervantes

Con referencia al tema político, aparecen en estos cuentos crítica a la dictadura, o a la policía como ejercedora de violencia, la desconfianza respecto a las leyes y la cuestionabilidad de éstas, la guerra nuclear...

El mundo de lo social tiene mucha menos relevancia que en el grupo anterior de escritores. Quizá los males sociales ya no son tan graves. Se tratan sin embargo las inquietudes sociales y profesionales, alguna vez se ataca lo injusto de la sociedad, pero todo ello con mucha menos fuerza o extensión que antes. El tema rey es, con gran diferencia, el mundo de la persona, lo vital humano, lo tipológico, los matices de filosofía de signo antropológico. Los sentimientos ocupan generalmente un papel protagonista en estos cuentos, en algunos de ellos rondando lo folletinesco. Tales temas se repiten y complican: el cansancio, la frustración, la soledad, la incomunicación, el odio hasta en el amor, el drama vital de la existencia humana, la doble personalidad, la relación entre realidad y sueños, el vacío de lo amoroso-erótico, su desengaño, el peso del tiempo, la angustia existencial, el fatalismo, el asco, la enfermedad, el vacío familiar.

Debo mencionar a algunos de los escritores que cultivan, lógicamente en mayor o menor grado, estas temáticas: Alfonso Sastre, Jorge Ferrer Vidal, Ana María Matute, Enrique Ruiz García, Fernando Santos Rivero, Alfonso Grosso, José Antonio Mases, Fernando Quiñones, Antonio Martínez Menchén, Guillermo Sánchez, Manuel San Martín, Daniel Sueiro, Mauro Muñoz, Felipe Mellizo, Jorge Cela Trulock, Ramón Nieto.

Cabe aludir, por último, a un grupo de escritores más jóvenes —insisto en que el cuento no es su especialidad, pero todos ellos han escrito alguno—, cuya preocupación por la novedad en los estilos, junto con una nueva visión de la problemática vital, son características de clara diferenciación. Me refiero a escritores como Pedro Espinosa Bravo, Francisco Umbral, Issac Montero, Félix Grande, Pedro Crespo o Javier del Amo. Hay en ellos una cierta nueva visión de la realidad: conformidad con lo cotidiano y el aburrimiento, exaltación de la juventud despreocupada, de la ligereza consciente, exposición como fundamentales de factores como la inercia, las apariencias, la vaciedad, el miedo, el envejecimiento. A veces encontramos intentos de vivisección de la vida humana; otras, se nos conduce con cierta insistencia al tema de los emigrantes.

Este análisis llega únicamente hasta aquí. No abarca los relatos cortos aparecidos en los años inmediatamente últimos. Puede decirse en términos generales que en ellos se pone de manifiesto un intento casi obsesivo por conseguir nuevos estilos, nuevas técnicas para la narración, una despreocupación casi masiva por métodos usuales, incluyendo en muchos casos el desprecio por ellos. El tema podría ser objeto de un estudio, más bien filosófico que literario, verdaderamente apasionante. Pondría en cuestión o tela de juicio, una vez más la eterna dualidad entre lo clásico y lo que está de moda, lo vital y lo vivo. Los puntos a esclarecer serían si el escritor logra, a través de las nuevas formas, comunicarse con el lector o no, si el lector comprende al escritor, si alcanzan ambos a identificarse, y todo lo que esto supone y lleva consigo.

BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco GÓNZALEZ POVEDANO. El cuento español contemporáneo
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes